



# LAS ERMITAS.

EPÍSTOLA Á D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Sólo estoy de la sierra en la alta cumbre,  
bajo la inmensa bóveda del cielo,  
del sol naciente á la rojiza lumbre.

Tiende á mis piés el águila su vuelo,  
su anchura el valle cóncavo dilata,  
sereno mar azul parece el suelo.

Aquel torrente de bruñida plata  
brota de aquí, y al prado se derrumba,  
de roca en roca, en fácil catarata.

Si en el hondo su estrépito retumba  
y ensordece los truenos, aquí muerto  
llega, como el suspiro de la tumba.

Y el céfiro que bulle en campo abierto,  
y las fuentes que quiebran sus cristales,  
y el silbo del pinar en el desierto,

Y la fiera que surca los jarales,  
de los cuervos rastreros el graznido,  
del ruiseñor los trinos celestiales;

Todo lejano y sordo y confundido,  
son de la altiva cumbre el canto mudo  
que siente el corazón más que el oído.

Mi mente aquí se ensancha, el lábio rudo

no puede ya expresar mi pensamiento...

¡Campo de soledad, yo te saludo!

¡Fragosísima sierra, firme asiento  
de la sencilla dignidad humana,  
déjame respirar tu puro aliento!

Déjame en esta cima soberana  
mi frente reclinar, y sin hartura  
los besos recibir de la mañana.

Más cerca estoy del cielo en esta altura,  
y al ver la tierra alrededor del monte,  
á más grandeza aspiro y hermosura.

Quiero campos sin lindes ni horizonte,  
grandeza á quien no humille otra grandeza,  
sol que nunca se eclipse ni trasmonte.

Los cielos son esplendida corteza  
del cielo que del alma ven los ojos,  
de otra beldad reflejo esta belleza.

Yo necesito amor que no da enojos,  
palabra que da vida y que no engaña,  
adorar á mi Dios puesto de hinojos.

Dije, y en el riñon de la montaña  
alzarse ví maravilloso templo;  
que hasta el desierto de ellos puebla España.

Allá en la oscura Albion quintas contemplo,  
del verde campo escándalo y adorno,  
moradas del placer, del arte ejemplo.

Mas de alcázar y parques veo en torno,  
chozas de yerto hogar que no dan humo,  
gentes que mueren de hambre en el contorno.

No sabe el español, según presumo,  
gozar sin que otros pechos se alborocen;  
de solitaria dicha hacer consumo.

Locos caballerescos se conocen  
aquí, no del deleite cenobitas  
que su ventura en murallar se gocen.

Palacios de opulentos sibaritas  
no ostentan nuestros campos solitarios;  
pero hay en cambio altares, hay ermitas.

Brindando á la piedad y hospitalarios,  
en oscura hondonada, en alto risco,  
descuellan templos, cruces, campanarios.

Hallé en la soledad mi dulce aprisco,  
mi puerto en este océano fragoso  
de jaras, de madroño y de lentisco.

¡Silencio! Agudo, alegre y bullicioso  
el eco vibrador de las campanas  
suena, y el grave canto religioso.

¡Silencio! Aquí las voces soberanas  
del pueblo en penitente romería;  
aquí la pompa y devoción cristianas.

¡Santa María! clama en letanía,  
y el desierto también de hueco en hueco  
repite la oración ¡Santa María!

¡Qué corazón tan desabrido y seco  
no se derrite en lágrimas! ¿Qué labio  
no quiere unir su voz del monte al eco?

Del tiempo y sus rigores en agravio,  
cuando se alzó esta humilde arquitectura  
inquieta el erudito, cuente el sábio.

Venciendo de las selvas la espesura  
llega aquí el ignorante, y reza y llora,  
y consolado vuelve en su ternura.

Aquí el enfermo su salud implora,  
y sano ó resignado se levanta:  
y hasta el proscrito se detiene y ora.

Canta al Señor, ánima mía, canta;  
y en Dios, que es mi salud y mi consuelo,  
gózate siempre, en alegría santa.

Porque miró la fé de nuestro suelo,  
y sonrió al mirarlo, y lo bendijo,  
y derramó sobre él perlas del cielo.

«Sea la gente más devota, dijo,  
de mi Madre Purísima», y fué España,  
y vino aquí María con su Hijo.

Y la han visto el pastor en su cabaña,  
en Covadonga nuestro rey primero,

y el soldado en su tienda de campaña.

Y la lleva en su pecho el pordiosero,  
Fernando en el arzon de régia silla,  
por blason de su escudo, el caballero.

Y la piedad, fecunda á maravilla,  
cuaja de ermitas campos y lugares,  
los bosques, el peñon, del mar la orilla.

Por eso nuestras quintas son altares;  
y si alcázares rústicos nos faltan,  
hay para el pobre asilos á millares.

Y desde el pico en que los corzos saltan,  
á la campiña en que se duerme el río,  
santas ermitas nuestro suelo esmaltan.

¡Qué dulce es cuando sopla el cierzo frío  
el abrigo del templo al caminante!  
¡Qué apacible su sombra en el estío!

Y al creerse perdido el que anda errante,  
dulce es la amiga voz de la campana  
que le dice: ¡Aquí estoy, sigue adelante!

Y cuando fatigado de la insana  
ambicion en que hierve el nécio mundo,  
busco la soledad y la mañana;

Y con incierto paso y vagabundo,  
voy contemplando absorto la natura,  
y me sumerjo en éxtasis profundo.

¡Qué dulce es ver tu altar, oh Virgen pura!  
y que desde él me diga tu mirada.  
«por mí se va al amor y la ventura.»

Yo adornaré con flores tu morada,  
yo regaré con lágrimas tu suelo,  
yo encenderé tu lámpara apagada.

Y ardiendo en gratitud y en santo celo,  
desde esta cumbre que á lo grande excita,  
bajo la inmensa bóveda del cielo,  
yo cantaré tu solitaria ermita.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

